

Indagaciones encarnadas sobre el deseo de irse de las mujeres rurales jóvenes

***Ganador del V Premio REEDES para Jóvenes
Investigadoras/es 2020, con mención ex aequo***

Iraide ÁLVAREZ-MUGURUZA
iraide.alvarez@ehu.eus
Universidad del País Vasco/
Euskal Herriko Unibertsitatea
(España)

Embodied inquiries about youth women's desire to leave rural areas

***Recipient of the V REEDES Award for Young
Researchers 2020, ex aequo mention***

Resumen/Abstract

- 1. Introducción**
- 2. Algunas consideraciones metodológicas**
- 3. Marco de trabajo para el análisis**
 - 3.1. Las nuevas ruralidades en el campo científico**
 - 3.2. Las nuevas movilidades como fenómeno aprehensivo del mundo global**
- 4. Incursión en el campo de trabajo**
 - 4.1. La vida en el pueblo como experiencia orgánica**
 - 4.2. La construcción del deseo de irse como acontecimiento crítico**
 - 4.3. Redefinición de la polaridad subjetiva**
- 5. Conclusiones**
- 6. Referencias bibliográficas**

Indagaciones encarnadas sobre el deseo de irse de las mujeres rurales jóvenes

**Ganador del V Premio REEDES para Jóvenes
Investigadoras/es 2020, con mención ex aequo**

Iraide ÁLVAREZ-MUGURUZA
iraide.alvarez@ehu.eus
Universidad del País Vasco/
Euskal Herriko Unibertsitatea
(España)

Embodied inquiries about youth women's desire to leave rural areas

**Recipient of the V REEDES Award for Young
Researchers 2020, ex aequo mention**

Citar como/Cite as:

Álvarez-Muguruza I (2021). Indagaciones encarnadas sobre el deseo de irse de las mujeres rurales jóvenes. *Iberoamerican Journal of Development Studies* 10(1):288-308.
DOI: 10.26754/ojs_ried/ijds.561

Resumen

Este artículo trata de acercarse a la realidad de la Comarca de Sayago (Zamora), al objeto de investigar los elementos que contribuyen a la construcción del deseo de irse a través de la relación de las jóvenes con el espacio, pues se entiende como una dimensión significativa al centrarse en las construcciones discursivas, las imágenes y las percepciones acerca de su pueblo de origen. Así, los resultados muestran que la experiencia de las jóvenes rurales refleja una topología afectiva y un tempo rítmico que surge de la relación entre sus hexis corporales y los espacios geográficos en los que se sitúan. Estos procesos son intrínsecos a sus subjetividades y estructuran la forma en que navegan en su futuro, de tal manera que, cuando los ideales culturales de la vida en el pueblo dejan de ser deseables para ellas, el modelo de vida urbano se impone como válido en su imaginario.

Palabras clave: despoblación rural, mentalidad urbana, mujeres, jóvenes, Sayago.

Abstract

In this paper, it is tried to approach the reality of Sayago (Zamora), in order to investigate the elements that affect the construction of the desire to leave rural areas through the relationship between girls and space, because they are understood as a significant dimensions by focusing on the discursive constructions, images and perceptions of young rural women about their home village. In this way, the results show that the experience of young rural women reflects an affective topology and rhythms that arises from the relationship between their bodily hexis and the geographical spaces in which they are situated. These processes are intrinsic to their subjectivities, and they structure the way in which this youth women sail in their future, so that, when the cultural ideals that sustain life in the village cease to be desirable, the urban life model is imposed as valid in its imaginary.

Keywords: rural depopulation, urban mentality, women, youth, Sayago.

1 Introducción

Este artículo es una llegada a lo que conforma una narrativa en la que se aspira a reconocer un entorno que, al igual que las mujeres y las personas jóvenes, ha sufrido la injusticia epistémica de ser desplazado de los estudios científicos, en la medida en que ha sido desacreditado, debido a los prejuicios socialmente preestablecidos alrededor del medio rural (Mohanty 2008); de ahí que, a lo largo de las siguientes páginas, tratemos de profundizar en aquellas dimensiones proscritas para lograr el contrapunto intelectual ideal que haga posible superar al menos una parte de la miopía que supone observar este objeto de estudio desde una única perspectiva. Ello lo haremos a través de la visibilización tanto de la contienda dialéctica que el *continuum* arraigo-desarraigo rural-urbano produce en torno a la cuestión identitaria al cómo de las experiencias de las mujeres jóvenes en el medio rural sayagués, lo que finalmente nos permitirá generar un debate y repolitizar el amplio fenómeno de la desfeminización rural desde la perspectiva de género.

Pero ¿cómo se escribe sobre aquello que no está valorado? ¿Cómo ser altavoz sin quitarle su propia voz? ¿Cómo incorporar a los sujetos rurales de manera justa en la bibliografía académica? Siguiendo el hilo argumental, y en busca de soluciones para alguna de estas incógnitas, el objetivo principal de este artículo se centra en identificar y analizar los elementos que intervienen en la irrupción del deseo de emigrar de las mujeres jóvenes en la comarca de Sayago, atendiendo a las características del contexto cultural y social, así como a la variabilidad de situaciones y características personales y a la interacción entre ambas esferas; todo ello a través de la implementación de una metodología cualitativa que nos permita, al mismo tiempo, prestar atención a lo corporal como un vehículo mediante el cual percibir la experimentación y negociación que llevan a cabo las jóvenes en torno a la tensión entre la pertenencia al espacio local y el imaginario global para comprender, desde la topología experiencial y fenomenológica, la construcción ontológica de sus subjetividades.

2 Algunas consideraciones metodológicas

Siguiendo las directrices marcadas por el Máster en Estudios Feministas y de Género de la UPV/EHU,¹ en abril de 2019 se realizaron entrevistas en profundidad y caminatas con seis jóvenes sayaguesas, cuya edad se enmarcaba entre los quince y los veinticinco años, dado que quienes integran este grupo de edad desean irse, pero aún no han logrado emanciparse (Tudela *et al.* 2020). Persi-

1 En este artículo, se exponen algunos de los resultados del trabajo de fin de máster de la autora, defendido en septiembre de 2019 en la UPV/EHU.

guiendo abarcar diversas experiencias y perspectivas, así como ajustarnos a los objetivos prefijados en la investigación, se seleccionaron perfiles atendiendo a los ejes de análisis relativos al nivel de estudios, la orientación sexual y la ubicación geográfica, lo que nos permite apreciar los matices de la diversidad testimonial.

De este modo, desde un diseño semiestructurado y escasamente dirigida, la entrevista en profundidad se convirtió en la herramienta central del estudio, en la medida en que se plantea el desafío de «descolonizar la relación en la investigación social» (Hernández-Hernández 2013, p. 19). Si bien se tomó como punto de partida un guion que actuó como referente y que era coherente con los objetivos de la investigación, también se persiguió la capacidad tanto de adaptarse como de improvisar, con el propósito de enriquecer un diálogo capaz de escapar a cualquier encorsetamiento científico. En este sentido, las entrevistas a las colaboradoras se realizaron en su propio entorno, lo que favoreció el establecimiento de un ambiente cómodo que permitiera afianzar relaciones de confianza y hacer posible la espontaneidad de las intervenciones en un enarbolamiento de lo cotidiano (Encina *et al.* 2003), sin que esto significara dejar de prestar atención a las particularidades de cada una de las voces, cuerpos y subjetividades (Biglia y Bonet-Martí 2009).

Para completar el diagnóstico, se aplicó la técnica «caminar con» (Ríos y Rojas 2013) las colaboradoras, sumergiendo a la investigadora en la cotidianidad de sus geografías, lo que proporciona una aproximación *in situ* a las condiciones ambientales y a los vínculos que intervienen en el objeto de estudio. Se trata, por tanto, de una técnica híbrida que transfigura el rumbo, puesto que se camina, pero se hace siguiendo la trayectoria de la otra persona, comprendiendo al espacio como social y cotidianamente construido (Kusenbach 2003, Hall 2009), y se combina con la observación participante. Pero también activa el cuerpo de la investigadora, transformando su conocimiento y forma de mirar. Esta cuestión no es baladí pues, dadas las características del tema propuesto, es necesario conectar materialmente la idea de persona a través del cuerpo como locus físico. Por este motivo, la noción de *embodiment* (Esteban 2001) es útil en tanto en cuanto abre posibilidades fecundas al conocimiento de aquellas experiencias que, desde el cuerpo, repercuten sobre la dimensión individual de cada sujeto.

3 Marco de trabajo para el análisis

El propósito de este primer apartado es presentar algunas de las propuestas, conceptos y contenidos que permitirán al lector o lectora comprender el deseo de irse del pueblo que afecta a las jó-

venes rurales, articulados posteriormente desde una perspectiva epistémica coherente con los valores feministas. Siguiendo la estela propuesta, puede decirse que son dos los pilares teóricos que permiten profundizar en el vínculo entre la realidad del vaciado rural con la actual agenda de desarrollo global: *a)* la profunda resignificación de la ruralidad en un escenario de una progresiva mayor importancia de los valores posmaterialistas y *b)* los procesos tecnológico-políticos de la movilidad en el contexto de un mundo posglobal. Ambos elementos nos permitirán vislumbrar los desafíos que entraña la relación entre la juventud rural y el paradigma del desarrollo.

3.1. Las nuevas ruralidades en el campo científico

Aún en la actualidad, definir qué es la sociedad rural se erige como una tarea difícil, dada su «complejidad y la imposibilidad de alcanzar un cierto grado de generalización extensible a los diferentes espacios rurales» (García Sanz 1994, p. 199). Las definiciones más clásicas de este medio, estudiado durante décadas, reducían los espacios rurales al estancamiento temporal, al aislamiento social y a la homogeneidad poblacional. De manera implícita, las y los estudiosos de la ruralidad establecieron una contraposición dialéctica entre dos sociedades (la urbana y la rural), enfrentadas y excluyentes, donde la hegemonía de la ciudad sobre el campo marcaba el compás del baile (Paniagua y Hoggart 2002). No obstante, esta mirada poco tiene que ver no solo con la realidad coetánea del medio rural sino con el propio pasado sociológico.

Tal como apuntan las críticas constructivistas que han irrumpido durante los últimos años en los estudios sociales frente a esta representación dicotómica rural-urbano, el medio rural no constituye un mundo aislado, sino una categoría social y culturalmente construida (González 1998) que, en la actualidad, sigue en permanente interrelación con la cultura urbana.² Si bien estos límites aún no han sido superados, siendo en ocasiones inevitable recurrir a los clásicos indicadores de la ruralidad, la noción de nuevas ruralidades ha contribuido, en gran medida, a iluminar el camino hacia la desarticulación de las reminiscencias de los límites prácticos de ambos espacios, abordados desde el modelo centro-periferia (Hidle *et al.* 2009), en la medida en que nos permite comprender la heterogeneidad de la realidad rural actual desde el punto de vista de la organización espacial (Camarero y Oliva 2016, Villa 2019).

Esta nueva categoría analítica, surgida al albor de la necesidad de resignificar y reinterpretar las mutaciones que ha sufrido la ruralidad, permite describir genéricamente «la organización y las transformaciones en las funciones de los espacios “no urbanos”, que superan esa visión atávica centrada en la agricultura y la ganadería, aunque sin desdeñarla» (Benito 2013, p. 57). De esta manera, la ruralidad se resignifica en nuevos escenarios de geodiversidad, tanto en términos de movilidad humana (material y virtual)

2 Así, Louis Wirth señalaba ya en 1938 que debemos evitar dar por sentado el imaginario social predominante en relación con las tipologías rural y urbano, resultando conveniente indagar qué es específicamente lo que hay bajo las formas de vida que se asocian a aquello que denominamos «áreas rurales» y «áreas urbanas».

como a través de los procesos de desagrarización y deslocalización de las actividades económicas, la diversificación de usos especializados del territorio (segundas residencias, zonas de desarrollo y esparcimiento y lugares turísticos) que las áreas rurales despliegan progresivamente (Arias 2002, Urquijo 2013), o la aparición de nuevas redes sociales. Este nuevo escenario nos obliga a abordar las nuevas ruralidades como tejedoras de proyectos sociales que, frente a su contemplación como un simple contrapunto de la vida urbana, adquieren el carácter de un nuevo «crisol de culturas» (Oliva 2010); entre otros motivos, porque en la actualidad las áreas rurales se manifiestan como fronterizas, independientemente de la distancia geográfica que ocupan en relación con los núcleos urbanos.

La frecuente interrelación entre ambos espacios durante las dos últimas décadas se ha traducido en «una mayor frecuencia de contacto entre ambos, pero también en una modificación de las expectativas que lo fundamentan» (Dávila 2011, p. 44); esto es, como lugares de tranquilidad y desconexión, espacios naturales que se encuentran lejos de la actividad urbana pero, simultáneamente, lo suficientemente cerca. Como puede advertirse, el escenario posglobal (cimentado ahora sobre un marco de creencias sincrético basado en el retorno a los valores pastorales arcádicos y a la naturaleza como fundamento de la auténtica existencia) trae consigo nuevas apreciaciones culturales centradas en cuestiones como la emancipación y la libertad individual;³ un fenómeno al que distintos autores han denominado «autenticidad reinventada» (Harvey 1998), *tourist gaze* (Urry 1990) e incluso «tradición inventada» (Hobsbawm y Rarger 2002).

En este proceso de articulación mutua entre lo rural y lo urbano, debemos destacar el protagonismo de la juventud, en la medida en que se trata del sector de población que dota de nuevos sentidos al espacio rural, al revelar nuevas expectativas vitales, así como al incorporar particularidades respecto a las transiciones demográficas, migratorias y productivas de este medio, adquiriendo capacidad para innovar, transformar, interrogar y plantear nuevas formas de vivir, expresar y plantear las relaciones sociales. En este sentido, las características idiosincráticas de la juventud rural que, en períodos precedentes, la diferenciaban de la juventud urbana, tales que el nivel educativo o la situación laboral, evidencian que esta distancia no solo ha disminuido, sino que los estilos de vida de las jóvenes rurales y de las jóvenes urbanas son similares (Díaz y Herrera 2004).

Si bien es cierto que el curso de los parámetros que definen las formas de vida de la juventud se ha encauzado hacia la homogeneización —en tanto que las jóvenes rurales conocen y engarzan en la cultura urbana de manera directa, gracias a su pertenencia a una generación eminentemente móvil—, la tendencia incremental del sentimiento de desarraigo que identifica a este colectivo (González y Gómez 2002, Sampedro 2008, Camarero y Sampedro 2016), el

3 Un reciente ejemplo de ello lo encontramos en la creciente revalorización de los espacios rurales tras la experiencia del confinamiento.

grupo de edad más proclive actualmente al abandono voluntario del medio rural (Stockdale y Haartsen 2018), requiere la búsqueda de una explicación coherente con el contexto en que se ubican.

3.2. Las nuevas movilidades como fenómeno aprehensivo del mundo global

Como ya hemos adelantado, las profundas transformaciones sociales, políticas y culturales han conducido a las académicas y académicos a buscar nuevos enfoques teóricos, conceptuales y metodológicos, con el objetivo de dar sentido a las reconfiguraciones socioespaciales contemporáneas. De los relatos críticos propuestos, merece la pena rescatar la representación predominante de nuestra contemporaneidad, como un reflejo del aumento de la movilidad, en la medida en que «se ha convertido en el paradigma más adecuado para nuestro tiempo, una era que se acelera a un ritmo cada vez mayor» (Tiessen 2008, p. 112). De este modo, si el movimiento y la fijación espacial están coconstituidos, las movilidades pueden considerarse un aspecto central de la existencia coetánea. En consecuencia, la movilidad proporciona el telón de fondo de múltiples enfoques analíticos acerca de la globalización.

Algunas de las nuevas direcciones adoptadas en los estudios de las movilidades toman también como punto de partida diversas críticas feministas a los estudios previos que ignoraban la producción generizada del espacio. Así, la socióloga Beverley Skeggs (2004) argumenta que los anteriores trabajos aplicados acerca del paradigma de la movilidad podrían estar vinculados a una subjetividad masculina burguesa que se describe a sí misma como cosmopolita y señala que «la movilidad y el control sobre la movilidad reflejan y refuerzan el poder, pues es un recurso al que no todas las personas pueden acceder en condiciones de igualdad» (Skeggs 2004, p. 48). De esta manera, las investigaciones feministas más recientes rastrean el poder de los discursos y prácticas en la creación de efectos del movimiento y en la hexis corporal.⁴

Desde esta perspectiva, la globalización debe comprenderse simultáneamente como un proceso tecnológico y político. En consecuencia, obtenemos el supuesto común de que el cambio tecnológico ha facilitado la migración a lo largo de vías geográficas cada vez más diversas de manera triple. En primer lugar, la revolución tecnológica ha disminuido las limitaciones de recursos en la movilidad, al reducir el coste de los viajes y la comunicación (Castells 2003). En segundo lugar, ha fortalecido las redes de migrantes, al hacer que sea más fácil mantenerse en contacto con familiares y amigas/os y viajar entre el lugar de destino y de origen (Vertovec 2001). En tercer lugar, el aumento de la alfabetización, junto con un mejor acceso a la información global, parece haber aumentado las aspiraciones vitales de quienes no tenían acceso al conocimiento. Combi-

4 La noción de hexis corporal, acuñada por el sociólogo francés Pierre Bourdieu (2008), da pistas sobre cómo los cuerpos actúan, se mueven e interactúan entre sí de acuerdo con las normas sociales que determinan sus comportamientos.

nados, estos procesos parecen haber incrementado las capacidades y deseos de las personas para migrar (De Haas 2009).⁵

A medida que estos elementos han configurado un mundo posglobal cada vez más interconectado y pequeño (Harvey 1998, Castells 2005), prácticamente todo y todos/as parecen circular con una fluidez que hace apenas unas décadas era inimaginable, pues las sociedades y espacios rurales se encontraban entonces en posiciones inadvertidas de flujos socioeconómicos (Cresswell 2001, Urry 2006). La génesis de esta transformación y el aumento de la interconexión entre las economías regionales y las nuevas divisiones internacionales del trabajo se encuentran en la teorización conceptual y epistemológica realizada desde una perspectiva de reestructuración rural (Massey 1984, Urry 1984). Pero, si los síntomas iniciales de reestructuración rural se identificaron en la nueva movilidad adquirida por el capital, las hibridaciones actuales deben contextualizarse en la eclosión de unas movilidades que caracterizan a la sociedad posmoderna (Urry 2006).

En relación con la movilidad cotidiana, destaca el enfoque que comprende el «sistema de automovilidad» (Urry 2004) como un fenómeno en el que se combinan elementos políticos, sociales, productivos, tecnológicos y otros elementos no humanos, en un complejo híbrido que determina no solo formas de movilidad diaria, sino también de las relaciones que se establecen entre las personas. La interpretación de la movilidad como un conjunto de prácticas sociales (Cresswell 2001) nos permite comprenderla en términos de conexión rural y urbana. Por un lado, el alto nivel de movilidad entre ambas áreas produce un estado híbrido al que los expertos se refieren como translocal (Camarero *et al.* 2012). Por otro lado, una movilidad continua y repetida hace que las diferencias desaparezcan, a medida que los sujetos incorporan varias identidades simultáneas de pertenencia. No obstante, esta conjunción da como resultado un sistema que puede adquirir un carácter coercitivo en la medida en que, como han señalado algunas y algunos especialistas, privilegiar el paradigma de la movilidad conlleva sus propios peligros y límites (Massey 1994, Cresswell 2001), dado que corre el riesgo de suavizar las relaciones de poder incrustadas en las diferentes prácticas del movimiento.⁶

4 Incursión en el campo de trabajo

4.1. La vida en el pueblo como experiencia orgánica

Conversando acerca de sus experiencias de vida en los pueblos, las colaboradoras gravitaron inicialmente en torno a lo que, *a priori*, parecen clichés generalizados del idilio rural, un concepto que ha sido criticado como un romántico imaginario burgués

5 Es importante hacer énfasis sobre el hecho de que la globalización está impulsada por la transformación política, de tal manera que, mientras que esta se ha visto facilitada por el progreso tecnológico, también lo ha sido gracias a los cambios ideológicos hacia una supuesta universalización de la democracia liberal occidental (Fukuyama 1992) en todo el mundo.

6 De hecho, tal como sugiere Saskia Sassen, el aumento de las transacciones transfronterizas y de «las capacidades para una enorme dispersión y movilidad geográfica» va de la mano con «pronunciadas concentraciones territoriales de recursos, necesarias para la gestión y servicio de tal dispersión» (2003, p. 6).

(Bell 2006), que refleja las relaciones urbanas con lo rural (Leyshon 2008). Sin embargo, reflexionar acerca de la forma en que las protagonistas describen lo que han experimentado como beneficios de la vida rural desde una perspectiva no figurativa sugiere que, en lugar de los clichés irreflexivos que forman parte de la dicotomía discursiva rural-urbano, las informantes luchan por articular una relación afectiva y coconstitutiva entre la experiencia de sí mismas y los lugares habitados. El siguiente testimonio es revelador en este sentido, pues enfatiza la sensación arcádica de confort que ha sentido y aún siente cuando está en el pueblo:

Algo que me recuerda mucho a cuando era pequeña es cuando llega el verano, que empiezan a cantar los grillos y vas por la calle y los escuchas... Y es como que te rodea... Es una cosa que me encanta. O, cuando vas a dormir y llueve, y tienes la ventana abierta y no ves casas, solo ves el paisaje ahí, lloviendo. Esa tormenta que dices: «no pasa nada, yo estoy calentito». Pero la ves perfectamente, porque no te interrumpe nada. A mí me parece un ambiente más relajado. No tienes prisa por... A ver, tienes prisa porque tienes que hacer cosas, pero esa sensación de paz, de calma... (E6).

En esta narrativa, la colaboradora describe una relación profundamente encarnada con el espacio en relación con la tranquilidad y libertad sensorial que este proporciona. Para ella, el campo es un espacio abierto y libre dentro del cual se siente cómoda, en contraste con la vida en la ciudad que, en sus palabras, «es lo más antisocial del mundo» (E6). Sin embargo, su relación con su pueblo no es simplemente el resultado de habitar allí, sino que también cobran importancia las prácticas mediante las que ha desarrollado una relación placentera con su pueblo. Mediante este testimonio, la protagonista describe una sensación de comodidad, junto con su pasión por el arte («[...] [mi pueblo] es una fuente de inspiración que no puedes encontrar en las ciudades» [E6]), que constituye una actividad significativa a través de la cual ha establecido su relación afectiva con su pueblo.

A otra de nuestras informantes también la magnetiza la libertad que conlleva vivir en un pueblo, aunque lo expresa en diferentes términos:

Nosotros salíamos, íbamos por el campo..., o sea, en ese aspecto, superguay. Vivir en un pueblo es como... No es como en la ciudad, que sales al parque y ya está. Aquí es como que había más libertad. No salías con tus padres [...]. A mí, [en] ese aspecto, volvería a vivir en el pueblo de pequeña, sí (E4).

Nuevamente, enfatiza acerca de los beneficios de la vida rural, tales como la capacidad de jugar en el exterior de manera autónoma y sin potenciales peligros, lo que ilumina la naturaleza afectiva del lugar (Deleuze y Guattari 1985), mediante su descripción en términos de «campo de juego» (Sørensen y Pless 2017); es decir, un lugar donde realizar actividades al aire libre. También menciona, al igual que el resto de las colaboradoras, que la vida rural consiste

en la tranquilidad. En este contexto, otra de nuestras colaboradoras nos describe una anécdota durante uno de los paseos a través de la cual expresa su deseo de mudarse de hogar y abandonar su habitación, ya que el ruido de las ovejas pastando en la era cercana a su vivienda la despierta diariamente. No es de extrañar que resalte esta escena, si atendemos al hecho de que su rutina diaria consiste en «ayudar a mis padres en la nave. Por la mañana, me levanto y voy a la nave. Llego a casa, hago las cosas de casa, como, me echo la siesta y me voy otra vez pa' la nave. Entro a las siete de la tarde, hasta las nueve y media o diez, y algo que salga de la nave» (E1).

De esta imagen podemos sustraer que una ausencia de sonidos estridentes es parte del placer de la vida en el pueblo de las protagonistas, quienes describen prácticas que experimentan en términos de libertad y en un entorno sonoro cuya partitura ambiental pueden controlar. Esto introduce una dimensión auditiva a la sensación de comodidad y libertad que describen estas jóvenes y que entronca con el resto de *taskscape*s, en la medida en que «no hay contaminación, es tranquilo y se está más relajado» (E5), siendo «el lugar perfecto para desconectar de los problemas y del estrés de la rutina de ir a clase, hacer trabajos...» (E3).

Sin embargo, esta apriorista idealización de lo rural se encuentra desconectada de la realidad política empírica, donde la continua sensación de soledad es el primer elemento de frustración que enfrenta la juventud rural. En su hogar, las protagonistas se sienten fuera de lugar, porque «no hay ningún sitio al que se pueda ir ni con quién pasar el tiempo» (E5). El vaciamiento de los pueblos de Sayago durante la temporada invernal, pero también su disgregación espacial, genera en las protagonistas una sensación de aislamiento, que no han encarnado como una experiencia deseable. En este sentido, señalan que, «al acudir diariamente al instituto, ese sentimiento [de soledad] se ha mitigado al poder conocer a personas de mi edad con que quedar, reír, hablar...» (E3). En este punto, las informantes expresan una necesidad de cambio, en un sentido que trasciende las geografías corporales. La búsqueda de amistades, de otra manera de relacionarse, aparece con frecuencia en sus manifestaciones.

No obstante, en un mundo megaconectado, las jóvenes encuentran en las redes sociales otra manera de comunicarse y de relacionarse «con mis amigos y todos que están fuera de aquí, lejos» (E2), independientemente de los kilómetros que las separen. De esta manera, el espacio *offline* «elimina un poco esa sensación de soledad» (E5). Lo que se deriva de las entrevistas realizadas es que esta hiperconectividad ha permitido a las jóvenes sayaguesas organizarse de manera virtual con las personas que conforman sus redes afectivas, para cuidarse mutuamente, más allá de la concepción habitual. También cabe considerar en este análisis la temporada estival y, por extensión, el tiempo festivo como generador y regenerador de cul-

tura (Nieto 1979, en Gurméndez 1979) de la juventud rural. Siguiendo la estela propuesta, encontramos en las fiestas sayaguesas un elemento de apego metonímico, derivado de los efectos que repercuten en el proceso de *embodiment* de las protagonistas:

No me gusta perdérmelas [las fiestas de mi pueblo], la verdad. Porque, no sé. Es como, jo, nos juntamos todos los que venimos, o sea, no sé, es superguay [...]. Es una semana entera. Entonces, se hacen muchas más cosas. Yo, por ejemplo, tengo amigas que ahora no vienen este verano y dicen: «joe, es que...». No ir es como... Es como que es necesario. No sé cómo explicarlo realmente. Esos días mi cuerpo está muy activo [...], o sea, es como mucha actividad. Yo lo llamaría «felicidad». Es como que tienes mucha interacción esos días (E4).

Estos significados nucleares, rítmicos, no solo se revelan en las colaboradoras, sino que se encarnan y reactivan en ellas: si atendemos al carácter que describen tener durante los días festivos, consecuencia de la cantidad de gente que veranea en los pueblos, así como las actividades que generan alegría y movimiento corporal, podremos comprender que son momentos cruciales para aliviar el *pathos* de sus padecimientos hibernales, además de para sanar el propio cuerpo a través de la acción interventora que conlleva el ambiente festivo. La devoción, la importancia y la advocación de las protagonistas por las fiestas son bastante similares, llamando la atención su acatamiento, lo que tiene una relación inequívoca con la hexis corporal de las sayaguesas.

Pero también merece la pena repensar las fiestas en términos de consolidación de la comunidad. Parece existir una cultura solidaria entre las y los habitantes de Sayago que mantiene un tejido social activo que las protagonistas interpretan como beneficioso cuando se refieren a la vida en un pueblo: «Vivir en un pueblo es como... Bueno, no tienes todo tan al alcance, pero, si quieres, realmente no es... Porque aquí, si hablas con la gente, cualquier te lleva a Zamora o te trae lo que necesites» (E3). O «a veces hay que hacer de recadera» (E4), porque «te dicen: "Hija, mira a ver si me llevas aquí". Es lo que toca, porque en los pueblos no... Y lo llevas, tal, lo que sea. Y haces favores y no pasa nada. A mí esa parte me gusta mucho de los pueblos» (E6).

En la misma línea, las protagonistas reconocen haber formado parte de la creación de un proyecto colectivo de vida comunitaria en clave identitaria. Sin embargo, en el momento en que concluyeron la etapa de educación preuniversitaria, algo cambió:

Claro, una vez que empiezas a ir al instituto, luego, en los veranos, sales de fiesta y te encuentras a los del instituto. Entonces, es como todo... Realmente aquí, en los pueblos, toda la zona de Sayago nos conocemos [...]. Yo, en el instituto, era como muy Sayago a tope; antes que nada, era sayaguesa. Luego se me fue, ya te digo, diluyendo... (E2).

Como vemos, a pesar de estas vivencias, que han dotado a las protagonistas de una especie de «capital de ubicación específica»

(Moilanen 2012) durante su infancia y juventud, la localidad rural no representa elementos de identidad relacionados con el modo de vida con el que las jóvenes se identifican en la actualidad. En este sentido, podemos advertir que las razones iniciales del deseo, en general, instauran los impulsos que prevalecen en una vida concreta y circundan la hegemonía de las posibles elecciones. Sin embargo, la infancia de los individuos no limita unilateralmente la vida adulta, cuya causalidad es dialéctica y no mecánica (Butler 2012). Más adelante veremos que estas experiencias de la infancia detentan y ejercen el poder en la experiencia adulta, reinterpretando cuestiones como la de la movilidad en términos coetáneos.

4.2. La construcción del deseo de irse como acontecimiento crítico

Desde esta perspectiva, si bien las mujeres rurales tienen una larga historia de migración, estacional y permanente, fundamentalmente orientada a la búsqueda de oportunidades de empleo (Maya 2003), el imperativo de la movilidad se ha intensificado para ellas en las últimas décadas (González y López-Gay 2019). Para muchas de las jóvenes, la comarca de Sayago se caracteriza no solo por no tener «ninguna posibilidad de trabajar» (E2), sino también por «no ofrecer nada [reconocible, culturalmente significativo o valioso en el imaginario del/a consumidor/a globalizado/a] para hacer» ni «adónde ir» (E5). Estas experiencias han mediado poderosamente sus prácticas y decisiones de movilidad hacia su reubicación, temporal, pero con perspectivas duraderas, hacia los centros urbanos. Así, el siguiente testimonio resulta revelador:

Yo me lo tomé el primer año de instituto. La verdad es que yo lo recuerdo como buah, genial, o sea..., muy, muy bien. Luego ya, a lo largo de los años, ya empecé como puuuf. Pues lo mismo que me había pasado en primaria, pues ya con los años era como «¡Dios mío, necesito salir de aquí!» (E2).

Aunque las informantes describen inicialmente la vida en sus pueblos en términos idílicos, no dudan en que los beneficios que puede reportar la vida en un pueblo se revelan insuficientes en el momento en que «te haces adolescente y buscas otras cosas que el pueblo pues no tiene» (E2), lo que les produce sensaciones corporales que preferirían evitar. Esta ambigüedad a la hora de definir la «vida buena» (Butler 2017) se manifiesta cuando una de ellas dice:

Creo, sinceramente, que no existe entorno mejor para criar a un niño desde que nace hasta..., sí, primaria, yo creo que el entorno rural, o sea, no sé, es como que te da unos valores... [Pero] que también salga, o sea, que no se quede... Porque yo conozco mucha gente que vive en los pueblos, de mi edad, que no salen y no conocen otra cosa que no sea esto. Eso no. Pero, digamos, que la base de sus experiencias esté por aquí y, luego, que conozcan más cosas (E2).

A nivel comunitario se propaga un discurso, en virtud del cual se produce el deseo que, en ocasiones, toma cuerpo en forma de relato oral, pero muchas otras veces se materializa, paradójicamente, en una ausencia comunicativa, un mutismo cargado de gran significado:

Por ejemplo, a mí mi madre, pues sí, me puede animar [a irme]. Pero mis abuelos y mi tío es como «es lo que tiene que pasar; no se va a quedar aquí en el pueblo». Porque es que es algo que no hace falta hablarlo, que es que es algo que todos sabemos, como que lo tenemos interiorizado (E2).

Como podemos observar, la construcción del deseo de irse tiene lugar desde una perspectiva construida social y culturalmente que estimula y justifica el efecto salida. Las colaboradoras trazan sus futuros a lo largo de una serie de logros valorados colectivamente (como una buena educación, un buen trabajo y un buen hogar), invirtiendo en fantasías socioespaciales de movilidad que las ubican dentro de una vida que es buena. En este sentido, e integrando el análisis de la felicidad de la escritora Sara Ahmed (2015, 2019) con el de las geografías emocionales, este discurso demuestra cómo la gobernanza neoliberal desempeña un papel fundamental en la vida de las personas. A medida que los discursos sociales idealizan la autosuficiencia y la orientación del futuro, se capacita a las jóvenes para incorporar la incertidumbre característica de nuestra contemporaneidad como un conjunto de inseguridades que deben gestionarse a través de ese deseo que se presenta como el resorte que hace posible la búsqueda de un lugar social en la red del mundo global (Sartre 2016).

En consecuencia, las jóvenes demuestran a través de sus relatos que las peculiaridades de esa vida buena a la que aspiran alinean sus deseos con unos planteamientos económicos y culturales dominantes, que desplazan de manera individual sobre ellas la responsabilidad de encontrar la felicidad a través de la movilidad —tanto social como espacial—, dadas las limitaciones estructurales que afectan a los espacios rurales. De esta movilidad, cuyo despliegue es la consecuencia inmediata de su proceso formativo, surgen durante las entrevistas ambivalencias emocionales y discursivas: «Si a mí no me hubiese pasado lo de la enfermedad, estaría viviendo, probablemente, en una ciudad más grande. Y no es mi opción el haberme quedado aquí. Y ahora mismo pues vivir aquí pues no sé; es como... Lo veo como algo temporal» (E2).

Si bien la identificación con el lugar de origen era inicialmente la narrativa dominante, posteriormente se advierte un relato sobre la desidentificación con el medio rural. La manera en que las protagonistas experimentan el espacio urbano llama la atención sobre el ritmo (Gil 1998); una cronotopía que permite teorizar acerca de la espacialidad temporal encarnada, que es esencial para sus expe-

riencias en la ciudad y donde el sentido encarnado de sí mismas cambia:

Yo creo que crecer en un pueblo, y más siendo un pueblo pequeño, ha hecho que sea una persona tímida porque, al no tener a casi nadie con quién relacionarme, no tenía que exponerme a otras personas; cosa que ha cambiado notablemente al vivir en Salamanca, haciendo cambiar también mi personalidad..., siendo más extrovertida (E5).

Este testimonio comienza a describir la construcción de una nueva hexis corporal, que opera a nivel emocional. Describe una relación con sus espacios, que es afectiva e inestable al mismo tiempo, reunida en prácticas que contribuyen a una subjetividad encarnada que se siente cómoda en determinados tipos de espacio: espacios abiertos al movimiento de sus cuerpos, que crean en las protagonistas la sensación de libertad. En la ciudad, la hexis corporal de esta colaboradora está al fin en un lugar idóneo, creando un conjunto disyuntivo cuerpo-espacio en el que su experiencia sensorial de sí misma se vuelve extraordinaria. Como las demás protagonistas de esta investigación, se siente muy contenta cuando se encuentra en la ciudad, y describe los espacios urbanos que ha habitado en términos, si bien simbólicos, de relaciones de tamaño:

Mi relación con el pueblo ha cambiado: me gusta menos venir porque, al haber conocido lo que hay fuera, esto se queda pequeño. Es la diferencia entre salir a la calle y encontrarte gente con salir y no ver a nadie, la [diferencia] de tener todo a un paso y tener que depender del coche para poder ir a cualquier sitio (E5).

Nuevamente, las colaboradoras construyen la relación que sus cuerpos establecen en el espacio urbano en términos de tamaño. Para algunas de ellas, sin embargo, los espacios urbanos son demasiado grandes y abiertos. La sensación de esta grandeza se narra aquí, sin embargo, como sinónimo de felicidad. Esto, que aparece como una contradicción, describe el gran espacio abierto de la ciudad en términos de la continua proximidad con los demás y lo que parece ser sus actividades constantes. La ciudad es grande y abierta, pero también está llena de gente. Esta ambigüedad refleja una compleja relación afectiva entre el hexis corporal y el espacio que, siguiendo a Gil (1998), exfolia de manera contradictoria. El tamaño de la ciudad puede verse como un resultado de la relación disyuntiva experimentada en un nivel incorporado entre el lugar en el que las protagonistas viven habitualmente y la posición que esta hexis corporal les ofrece en lo que podría ser descrito, siguiendo a Ben Anderson (2009), como el ambiente afectivo de la ciudad.

En conjunto, estas jóvenes describen subjetividades encarnadas que, a través de la práctica, crean una hexis inestable, que desempeña un papel constitutivo en la dimensión sensorial que emana de su multiubicación en diferentes ensamblajes espaciales. En las ciudades en las que habitan durante el curso académico, se sienten más a gusto porque, «[...] si no hubiera salido de aquí nunca, a lo

mejor no tendría amigos» (E4). La proximidad de otras personas en los espacios urbanos les produce una sensación de acogida que le resulta seductora. Asimismo, entienden el espacio público urbano como esencialmente anónimo; una cualidad que destacan como positiva, porque les permite experimentar la invisibilidad, lo que genera en algunas de ellas que dejen de sentirse juzgadas por su aspecto físico entre la masa indiferenciada de la urbe.

Pero el espacio urbano también es «atareado y rápido» (E6). A partir de esta dimensión temporal, las colaboradoras retoman la romantización de los núcleos rurales como espacios de «desconexión de la ciudad» (E4), una muestra de la transformación del campo en «una nueva ruralidad de consumo urbano» (Pérez 2013, p. 13). En esta misma dirección, cuando Richard Sennett (2019) describe la evolución de las ciudades modernas, ya da pistas acerca de los rasgos de la mentalidad urbana, entre los que nos interesa destacar la velocidad y el ritmo frenético, codiciados bajo la premisa de «el tiempo es oro». No obstante, y a pesar de que las narrativas reflejan dicotomías discursivas entre la metrópoli urbana cosmopolita y el idilio rural, nos encontramos finalmente con descripciones de una experiencia encarnada, que privilegia los ritmos de la vida urbana y una relación con el espacio que se experimentan tanto afectiva como temporalmente.

Estas narraciones introducen una temporalidad en la relación de las jóvenes sayaguesas con el espacio urbano, que ya ha sido planteada previamente por Keith Halfacree y María Rivera (2011), en una discusión sobre la migración rural. Las protagonistas sienten una comprensión satisfactoria de estos entornos y la describen en términos de la experiencia incorporada de la forma de vida urbana, diferente a la que sienten que estructura la vida en sus pueblos de origen, de los cuales comentan durante los paseos e incluso explicitan que, «en alguna ocasión, [he odiado el pueblo], porque no te permite hacer cosas; porque, a lo mejor, por ejemplo, un día no hay autobús y va a haber un concierto en Zamora y no te pueden llevar. Y es como... Ahí, pues te fastidia» (E6).

Sus narrativas articulan la sensación de estar en lo que experimentan como un entorno más vacío que los urbanos que las rodean: «Cuando eras más pequeña, piensas "joe, hay más cosas en la ciudad", y todo eso» (E4). Esta frustración incorporada es fruto de una apreciación de sus subjetividades, encarnadas como demasiado dinámicas para los espacios rurales, y conectan esto con la ausencia/presencia de recursos, así como con la importancia del paradigma de la movilidad:

Allí puedes..., realmente puedes hacer siempre algo. Siempre puedes salir a hacer algo. Aquí es que no hay nada que hacer. Aquí te encierras... Otra cosa es lo que hagas tú allí, porque yo allí tampoco hacía mucha cosa, la verdad. Pero allí puedes hacer de todo y aquí no. Para empezar que, si quieres ir a tomar algo o lo que sea, necesitas el coche. Aquí un jueves de fiesta no puedes salir; en Zamora, sí. Y un miércoles, también.

Entonces, claro, es que no hay comparación. Y Zamora no es Madrid ni Barcelona (E6).

Estos entornos urbanos reúnen una gama de experiencias sensoriales, que provocan que las protagonistas no solo se sientan cómodas, sino que los visualicen como un sueño cumplido. De esta manera, se produce una espacio-temporalidad encarnada en la que la hexis corporal de las jóvenes sayaguesas crea dicotomías encarnadas entre lo urbano y lo rural, definidas por ritmos afectivos, que palpitan de manera diferente en distintos conjuntos cuerpo-espacio. Experimentar el movimiento del espacio urbano se traduce en expresiones encarnadas, tanto temporales como espaciales, y hace emerger los perfiles urbano-fílicos con mayor intensidad. De esta manera, el apego que sienten hacia sus localidades de origen es más bien simbólico, al menos aparentemente. Si bien el lugar rural se percibía como el lugar para estar durante la infancia (y se proyecta como idilio durante la vejez), la ciudad se percibe como el lugar para estar en el presente; una imagen que da cuenta de la transformación que sufre la relación del deseo de vivir en el medio rural o en el medio urbano a etapas concretas de la vida de las personas (Stockdale y Haartsen 2018).

4.3. Redefinición de la polaridad subjetiva

Envueltas en el deseo de irse, con ganas de cambiar y en busca del prometedor futuro que parecía brindarles la vida más allá del pueblo, nuestras colaboradoras se fueron temporalmente de sus pueblos. Sin embargo, las jóvenes experimentaron transformaciones en las percepciones de la vida en la ciudad tras sus mudanzas. Antes de la migración a la ciudad, las informantes creían que «la vida sería más fácil» (E3). Sin embargo, una vez asentadas en la ciudad, sus opiniones cambiaron dramáticamente, siendo la nostalgia el principal elemento que contribuyó a sus sentimientos negativos con respecto a la vida de la ciudad y dificultó el ajuste a la vida urbana:

Estaba amargada. Estaba bastante amargada en Valladolid, la verdad [...]. Es que te das cuenta de que todo lo que has estado rigiendo, en plan, los últimos años de instituto diciendo «joder, menudo aburrimiento, no sé qué, no sé cuántas», dices: «Madre mía, ¡cuánto lo echo de menos!». Creo, sinceramente, que fue en parte por el hecho de la ciudad a la que fui, de que no me gustaba nada el ambiente; la carrera tampoco me entusiasmó [...], o sea, todo hizo [...]. Pero, cuando llegué allí, era como..., cada fin de semana que podía, me venía al pueblo. Siempre. Echaba un montón de menos a mis padres, a mi madre, su comida... (E2).

La «identidad de lugar» (Pilkington y Johnson 2003) de las colaboradoras fue la más probada durante los primeros meses, tras mudarse hacia núcleos urbanos. Cuando abandonaron los pueblos, se distanciaron de su hogar y de todo lo que este representaba. En este sentido, han sido los elementos de la distancia en

el tiempo y el espacio los que les ha permitido reflexionar y diferenciar las experiencias negativas de la vida en un entorno rural, al cultivar sentimientos de pertenencia al lugar: «[...] lo que tengo claro es que siempre voy a estar ligada a mi pueblo, sin lugar a dudas. Lo quiero más. Porque es como..., no sé, a mí me gusta y tal estar allí [en Zamora]. Pero ya llega un momento en el que estás como irritable» (E6).

Estas narraciones muestran una conectividad afectiva, que media poderosamente lo que a menudo se asume que son proyectos racionales del yo (Walkerdine 2009). Basándose en construcciones discursivas del binario local/global, las colaboradoras culminaron las entrevistas caracterizando a sus pueblos como presentadores de un conjunto diferente de conexiones que el conglomerado de flujos globalizados, esta vez arraigados en la comunidad, la familia, la historia y el hogar, a diferencia de los flujos globales de capital y de las formas de productos básicos (Massey 2008). Por lo tanto, incluso para aquellas jóvenes que tomaron una posición agencial dentro del discurso de «migración como oportunidad» (Ni Laoire 2000), las raíces entroncadas en sus lugares de origen todavía dominaron sus biografías en la medida en que estos se hallan asociados a relaciones encarnadas afectivas, que hablan de una conectividad con la comunidad rural. Así pues, la transición de estas jóvenes hacia la autonomía promulgada por el neoliberalismo no fue fluida y perfecta sino, más bien, ambivalente e incluso, en algunos casos, contradictoria, debido al impacto emocional de la polaridad subjetiva.

5 Conclusiones

En este nuevo contexto de vertiginosa velocidad, algunos expertos (Harvey 1998; Bauman 2005, 2011) afirman que las identidades sociales son progresivamente menos homogéneas y compactas, lo que induce a la búsqueda de certidumbre que, en ocasiones, encuentra una respuesta en el campo de la revalorización del territorio local. Este proceso de aferramiento, que se está produciendo paralela y complementariamente al fenómeno de la globalización, enarbola la diferencia ante la uniformidad cultural dominante, en aras de lograr un reconocimiento identitario territorial que dote de certeza y seguridad a los individuos. En este caso, podemos comprobar cómo el medio rural debido, entre otras razones, al complejo dinamismo de los procesos de intensa movilidad se ha convertido en el escenario central de producción de procesos identitarios, relegando a las jóvenes que deseaban, por encima de todo, marcharse de sus pueblos.

No debemos pasar por alto en esta exploración del auge del medio rural la actual importancia de las dimensiones lúdicas y ecológicas de este espacio. Tal es así que la reivindicación de la identidad local en las zonas rurales es intrínseca a los anhelos de las sociedades posindustriales, en los que se aspira a revitalizar los pueblos a través de estrategias tales que la identificación a través de la vinculación afectiva con la familia e incluso con las particularidades y representaciones esencializadas y romantizadas del propio lugar (Martínez 2002). En este sentido, las estrategias de movilidad de las jóvenes sayaguesas nos permiten desentrañar la gran paradoja que aborda este artículo: cuanto más se aprecia y valoriza la vida en el pueblo y más necesario es habitar estos espacios desde las dimensiones social, económica y ecológica, más recias se muestran las tendencias hacia la emigración por parte de la juventud, para quienes habitar la ciudad implica culminar un proceso soñado durante esta etapa concreta de su vida (Stockdale y Haartsen 2018).

Desde esta perspectiva, los resultados del presente artículo permiten visibilizar algunos de los retos que debe asumir la agenda para el desarrollo rural, en la medida en que tienen repercusiones sobre el diseño y territorialización de políticas, actuaciones públicas y estrategias para la mejora de las condiciones de vida de la juventud rural y la articulación de las identidades locales y los sentidos de lugar atribuidos a la localidad. Por este motivo, consideramos que el análisis de los procesos identitarios, las implicaciones y las consecuencias de la itinerancia de la juventud rural se muestra como un campo de investigación fructífero sobre el que seguir trabajando.

6 Referencias bibliográficas

- AHMED S (2015). La política cultural de las emociones. Universidad Nacional Autónoma de México, México D. F.
- AHMED S (2019). La promesa de la felicidad. Una crítica cultural al imperativo de la alegría. Caja Negra, Buenos Aires.
- ANDERSON B (2009). Affective atmospheres. *Emotion, Space and Society* 2(2):77-81.
- ARIAS P (2002). Hacia el espacio rural urbano: una revisión de la relación entre el campo y la ciudad en la antropología social mexicana. *Estudios Demográficos y Urbanos* 17(2):363-380.
- BAUMAN Z (2005). La identidad. Conversaciones con Benedetto Vecchi. Losada, Madrid.
- BAUMAN Z (2011). *Culture in a Liquid Modern World*. Polity Press, Cambridge.
- BELL D (2006). Variations on the Rural Idyll. En: Cloke P, Marsden T y Mooney P (eds.). *Handbook of Rural Studies*. Sage, Londres, pp. 149-160.
- BENITO D (2013). Despoblación, desarraigo y escuela rural: condenados a encontrarse. *Encrucijadas* (6):56-69.
- BIGLIA B, BONET-MARTÍ J (2009). La construcción de narrativas como método de investigación psico-social. *Prácticas de escritura compartida. Forum: Qualitative Social Research* 10(1):1-25.

- BOURDIEU P (2008). El sentido práctico. Siglo XXI, Madrid.
- BUTLER J (2012). Sujetos del deseo. Reflexiones hegelianas en la Francia del siglo XX. Amorrortu, Buenos Aires.
- BUTLER J (2017). Cuerpos aliados y lucha política. Hacia una teoría performativa de la asamblea. Paidós, Barcelona.
- CAMARERO L, OLIVA J (2016). Understanding Rural Change: Mobilities, Diversities and Hybridizations. *Social Studies* 2:93-112.
- CAMARERO L, SAMPEDRO R (2016). Exploring female over-migration in rural Spain: employment, care giving and mobility. En: Wiest K (ed.). *Women and Migrations in Rural Europe. Labour Markets, Representations and Policies*. Palgrave Macmillan, Londres, pp. 189-208.
- CAMARERO L, OLIVA J, SAMPEDRO R (2012). Foreigners, neighbours, immigrants: translocal mobilities in rural areas in Spain. En: Hedberg CH, Do Carmo R (eds.). *Translocal Ruralism. Mobility and Connectivity in European Rural Spaces*. Springer, Londres, pp. 143-162.
- CASTELLS M (2003). Innovación tecnológica y desarrollo territorial. En: Vilalta JM, Pallejà E (coords.). *Universidades y desarrollo territorial en la sociedad del conocimiento*. Universitat Politècnica de Catalunya, Barcelona, pp. 27-40.
- CASTELLS M (2005). La sociedad red, vol. 1. Alianza, Madrid.
- CRESSWELL T (2001). The Production of Mobilities. *New Formations* (43):11-43.
- DÁVILA A (2011). Mujeres jóvenes en el medio rural vasco. Anuario 2011. Observatorio Joven de Vivienda en España (Objovi). Consejo de la Juventud de España, Madrid.
- DE HAAS H (2009). Mobility and human development. Human Development Research Paper No.1. Human Development Report Office, Nueva York.
- DELEUZE G, GUATTARI F (1985). El Anti Edipo. Capitalismo y esquizofrenia. Paidós, Barcelona.
- DÍAZ MÉNDEZ C, HERRERA P (2004). Imágenes y percepciones del entorno rural del colectivo de mujeres jóvenes del territorio Valle del Eze-Entrecabos: mujeres jóvenes en busca de una nueva identidad rural. En: Castellano D, Gil A, Serrano P (coords.). *Mujeres: las diferentes realidades*. Universitat Jaume I, València, pp. 15-56.
- DÍAZ SÁNCHEZ P (2012). Las fuentes orales y la construcción de relatos biográficos: mujeres trabajadoras de la dictadura franquista. En: Llonca M (ed.). *Entreverse: teoría y metodología práctica de las fuentes orales*. Universidad del País Vasco, Leioa, pp. 187-216.
- ENCINA J, ROSA M, FERNÁNDEZ M, ÁVILA MÁ (2003). Praxis participativa desde el medio rural. Iepala Editorial-Cimas, Madrid.
- FUKUYAMA F (1992). El fin de la historia y el último hombre. Una visión optimista de la evolución de la historia. Planeta, Barcelona.
- GARCÍA SANZ B (1994). La mujer rural ante el reto de la modernización de la sociedad rural. Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, Instituto de la Mujer, Madrid.
- GARCÍA SANZ B (2004). La mujer rural ante el reto de la modernización de la sociedad rural. Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales, Instituto de la Mujer, Madrid.
- GIL J (1998). *Metamorphoses of the Body*. University of Minnesota Press, Mineápolis.
- GONZÁLEZ J, GÓMEZ C (2002). *Juventud rural 2000*. Injuve, Madrid.
- GONZÁLEZ M (1998). *Sociología y Ruralidades (La construcción social del desarrollo rural en el Valle de Liébana)*. Gobierno de España, Madrid.
- GONZÁLEZ M, LÓPEZ-GAY A (2019). Emigración y fuga de talento en Castilla y León. *Boletín de la Asociación Española de Geografía* 80(2612):1-31.
- GURMÉNDEZ C (1979). Análisis antropológico de las fiestas populares. *El País*, 17 de abril.
- HALFACREE KH, RIVERA MJ (2011). Moving to the countryside... and staying lives. *Lives beyond representations*. *Sociologia Ruralis* 52(1):92-114.
- HALL T (2009). Footwork: moving and knowing in local spaces(s). *Qualitative Research* 9(5):571-585.
- HARVEY D (1998). La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural. Amorrortu, Buenos Aires.

- HERNÁNDEZ-HERNÁNDEZ F (2013). Poner en cuestión el significado de «generar conocimiento» en la investigación educativa de carácter biográfico. En: Lopes A *et al.* (coords.). *Historias de vida em educação: A construção do conhecimento a partir de historias de vida*. Universitat de Barcelona, Barcelona, pp. 14-25.
- HIDLE K, FARSUND A, LYSGÅRD HK (2009). Urban-rural flows and the meaning of borders. *European Urban and Regional Studies* 16(4):409-421.
- HOBBSAWM E, RANGER T (2002). *La invención de la tradición*. Crítica, Barcelona.
- KUSENBACH M (2003). Street phenomenology: The go-along as ethnographic research tool. *Ethnography* 4(3):455-485.
- LEYSHON M (2008). The Betweenness of Being a Rural Youth. Inclusive and Exclusive Lifestyles. *Social and Cultural Geography* 9(1):1-26.
- MARTÍNEZ J (2002). *La identidad reconstruida. Espacios y sociabilidades emergentes en la ruralidad alavesa*. Gobierno Vasco, Vitoria-Gasteiz.
- MASSEY D (1984). *Spatial Divisions of Labour: Social Structures and the Geography of Production*. Macmillan, Londres.
- MASSEY D (1994). *Space, Place and Gender*. Polity Press, Cambridge.
- MASSEY D (2004). The «System» of Automobility. *Theory, Culture & Society* 21(4/5): 25-39.
- MASSEY D (2006). The New Mobilities Paradigm. *Environment and Planning A* 38(2): 207-226.
- MASSEY D (2008). *Ciudad mundial. El perro y la rana*, Caracas.
- MAYA V (2003). *La mujer rural en la provincia de Zamora: 1990-2000*. Tesis doctoral, Universidad de Salamanca.
- MOHANTY CT (2008). Bajo los ojos de Occidente. *Academia Feminista y discurso colonial*. En: Suárez L, Hernández A (eds.). *Descolonizando el Feminismo: Teorías y Prácticas desde los márgenes*. Cátedra, Madrid, pp. 112-161.
- MOILANEN M (2012). Job is where the heart is? An analysis of geographical labour mobility among young adults. En: Baeck UD, Paulgaard G (eds.). *Rural futures = Finding one's place within changing labour markets*. Orkana Akademisk, Oslo, pp. 83-102.
- NI LAOIRE C (2000). Gender issues in Irish rural out-migration. En: Boyle P, Halfacree K (eds.). *Migration and Gender in the Developed World*. Routledge, Londres, pp. 223-237.
- OLIVA J (2010). Rural melting-pots, mobilities and fragilities: reflections on the Spanish Case. *Sociologia Ruralis* 50(3):277-295.
- PANIAGUA A, HOGGART K (2002). Lo rural, ¿hechos, discursos o representaciones? Una perspectiva geográfica de un debate clásico. *Globalización y Mundo Rural* (803):61-72.
- PÉREZ J (2013). ¿Por qué se van? Mujeres de pueblo y desarraigo en la ruralidad valenciana. *Encrucijadas* 6:101-116.
- PILKINGTON H, JOHNSON R (2003). Peripheral youth: relations of identity and power in global/local context. *European Journal of Cultural Studies* 6(3):259-283.
- RÍOS L, ROJAS J (2013). Técnicas móviles en la etnografía urbana: actividades económicas itinerantes en el espacio público de Barcelona. *Revista Internacional de Ciencias Sociales* 2(2):35-48.
- SAMPEDRO R (2008). Cómo ser moderna y de pueblo a la vez: los discursos del arraigo y del desarraigo de las jóvenes rurales. *Revista de Estudios de Juventud* 83:179-193.
- SARTRE JP (2016). *El ser y la nada*. Losada, Buenos Aires.
- SASSEN S (2003). Localizando ciudades en circuitos globales. *Revista Latinoamericana de Estudios Urbano Regionales* 29(88):5-27.
- SENNETT R (2019). *Construir y habitar. Ética para la ciudad*. Anagrama, Barcelona.
- SKEGGS B (2004). *Class, Self, Culture*. Routledge, Londres.
- SØRENSEN U, PLESS M (2017). Living on the periphery of youth. Young people's narratives of youth life in rural areas. *Young* 25(4):1-17.
- STOCKDALE A, HAARTSEN T (2018). Editorial introduction: Putting rural stayers in the spotlight. *Population, Space and Place* 24(4):1-8.
- TIESSEN M (2008). Uneven Mobilities and Urban Theory: The Power of Fast and Slow. En: Steinberg PE, Shields R (eds.). *What is a City? Rethinking the Urban after Hurricane Katrina*. University of Georgia Press, Georgia, pp. 112-123.

- TUDELA P, SANMARTÍN A, RUBIO A, BALLESTEROS JC (2020). Barómetro Juvenil 2019. Autonomía económica y emancipación. Informe sintético de resultados. Centro Reina Sofía sobre Adolescencia y Juventud, Madrid.
- URQUIJO MB (2013). Ruralización de la ciudad y urbanización del campo. Pautas emergentes en movilidad del País Vasco. En: Sánchez D, Egea C (coords.). La ciudad: un espacio para la vida: miradas y enfoques desde la experiencia espacial. Editorial Universidad de Granada, Granada, pp. 279-298.
- URRY J (1984). Capitalist Restructuring: Recomposition and the Regions. En: Bradley T, Lowe P (eds.). Locality and Rurality. Norwich, Londres, pp. 45-64.
- URRY J (1990). The Tourist Gaze. Sage, Londres.
- URRY J (2004). The «System» of Automobility. *Theory, Culture & Society* 21(4/5):25-39.
- URRY J (2006). The New Mobilities Paradigm. *Environment and Planning A* 38(2): 207-226.
- VERTOVEC S (2001). Transnationalism and Identity. *Journal of Ethnic and Migration Studies* 27(4): 573-582.
- VILLA M (2019). Local Ambivalence to Diverse Mobilities – The Case of a Norwegian Rural Village. *Sociologia Ruralis* 5(4):473-490.
- WALKERDINE V (2009). Biopedagogies and Beyond. En: Wright J, Harwood V (eds.). Biopolitics and the «Obesity Epidemic». *Governing Bodies*. Routledge, Nueva York, pp. 199-208.
- WIRTH L (1962). *Urbanismo como modo de vida*. Ediciones 3, Buenos Aires.